

EL PEQUEÑO INSTRUMENTO DE LA MUERTE

CAPITULO I

Dónde se hace la crónica de la fundación de un museo y se llega a la conclusión de que el cazador nace y no se hace

Talvez, porque era hijo único y se crió solitario; talvez porque su padre era ya un viejo de bigotes blancos: talvez porque su madre era joven y risueña; talvez porque era su casa sombría, con grandes enredaderas escalando los grandes muros enyesados. Talvez. O, acaso, simplemente, porque era una antigua voz que le subía de la sangre y que él no podía desoír, ya que desde el fondo de sí mismo lo llamaba. El hecho es que Segundo Rivera, cuando fue mi compañero de escuela y tenía solamente unos doce años, amaba ya las formas de producir la muerte. Soñaba poseer armas de fuego y este sueño era el mejor aliciente de su vida. Comenzó con pequeños revólveres de fulminante, inofensivos y ruidosos, que se vendían a ocho reales en la tienda de comercio de su padre. Siguió con una escopeta que disparaba flechas contra un blanco de grandes círculos negros, en los cuales acertaba su pulso firme y rápido. Y, muy pronto, gracias a la condescendencia de su padre, a pesar de tener únicamente doce años y de estar en la escuela de los Hermanos Cristianos, apóstoles de la piedad hacia los hombres y de la compasión por los pequeños animales inofensivos, criaturas de Dios como nosotros, llegó a ser el propietario feliz de una verdadera carabina, dotada de pequeñas municiones capaces de causar la muerte. Una carabina Remington, Modelo U, que se quebraba en la mitad para cargarla; una carabina pequeña y liviana cuyo disparo producía un ruido seco y discreto, que podía atraer escasa atención si se escuchaba. Cuando la tuvo en su poder, Segundo fue el más orgulloso y feliz muchacho de la ciudad. Nos llevó a su casa, a que la conociéramos. Tenía la parte de acero brillante y azulada y la madera era de un color caoba cálido y amable.

- Fíjate , qué bien la puntería que tengo!

Y disparaba.

Llegaba siempre el disparo en la tercera o segunda rueda del blanco.

- Algún día solamente haré centros.

Su voz temblaba con un júbilo limpio, claro, verdadero. Era la voz de quien ha descubierto el secreto de su alegría.

Pero éste era un secreto hosco. Segundo no se contentaba ya con disparar al blanco. Al principio este entretenimiento le pareció suficiente, pero, luego, le gustó disparar sobre animales vivos, asecharlos, caminando en silencioso sigilo; mirando cómo se quedaban inmóviles en su media carrera, sintiendo la quemadura de la muerte agujerearles el delgado pellejo. Le gustaba acercárseles y mirarlos temblar desesperadamente, envueltos en la cálida fuga de la sangre, mientras un frío rígido les congelaba los miembros y los ojos se les volvían turbios, como pequeñas piedras empañadas.

Le gustaba también sorprender el descanso de las aves, sobre las ramas más elevadas de los árboles, junto a los suaves tejidos de pajuelas, mullidos de plumones. Era muy grande su júbilo ante la caída del pájaro herido, agitándose en inútil despliegue de plumas moribundas, ajustando fuertemente las pequeñas garras sobre la fría rama invisible de la muerte. Los pequeños cadáveres merecían su especial atención. Los llevaba a su casa y, después de vaciarlos cuidadosamente, los sometía a un escrupuloso lavado. Embalsamados, los sostenían sólo alambres retorcidos, que prestaban a la piel rellena de aserrín una rigidez semejante a la que tuvo el cuerpo después del asalto de la muerte. Los ojos eran sustituidos por botones de cristal brillante, de esos que tienen en el centro una mancha negra ovalada, a modo de pupila.

En la escuela, esta inclinación de Segundo fue ampliamente estimulada. Nos gobernaba entonces el Querido Hermanito Ireneo. Era un músico nato, que no sabía tocar ningún instrumento y que se pasaba tatarando y desesperándose de lo mas que tocaban los otros. En una ocasión, el Hermano Ireneo descubrió en la biblioteca de la escuela un viejo tratado de zoología que le inspiró el entusiasta proyecto de fundar un museo de animales corrientes debidamente embalsamados. Nos explicó su plan y nos dio la obligación de cazar cuantos pudiésemos y nos ofreció enseñarnos a embalsamarlos, por un procedimiento que él, recientemente, había aprendido. Yo no pude llevarle ningún animal y por ello terminé de perder la poca simpatía que me tenía. Algunos muchachos, para complacer al maestro, mataron sus gatos, sus pequeños perros. Yo carecía de toda iniciativa cinegética -me he conservado así y es éste uno de mis mejores orgullos- y no pude tomar en serio la orden del Querido Hermanito. En cambio, Segundo vio el cielo abierto. Casi todos los días llevó pequeños animales cazados por él y aprendió rápidamente el arte de embalsamarlos. Pronto lo hacía ya sin intervención del maestro, en su casa, y enviaba a la escuela los ejemplares debidamente acondicionados para el museo. Conejos blancos de largas orejas, liebreillas grises, zorros de larga cola terrosa y finos hociquillos, sachamizhis de ojillos angustiados, guanchacas con la bolsa de los hijos repleta de pequeñas cabecitas peladas... Casi todo el museo se pobló con el trabajo de su mano incansable.

Prefería hacer solo sus viajes de cazador. Pero, en ciertas ocasiones, deseoso de ser admirado, nos invitaba:

- Ven, ven a verme matar una sachapava esta tarde.

Nos íbamos. Era en la laguna del Pucará, fangosa, con sus aguas cenicientas pobladas de juncos y totoras. Las pesadas aves transitaban por las orillas lodosas y se acercaban,

cautelosamente, al límite de la pequeña laguna, a llenarse el buche con sus aguas oleaginosas. Segundo las observaba atento, brillantes los ojos, inmóvil el cuerpo, tendido entre las altas gramíneas del potrero inmediato y conservando siempre apuntada sobre la laguna la carabina.

- Cuidado hagas bullas, bruto -cuchicheaba.
- Chisss...chisss ya viene una.

Y disparaba.

Generalmente le daba en la pata, en una de las alas, en la cabeza. Muchas veces la muerte no era instantánea y había que ultimarla con un cuchillo fino, casi un puñalito, que siempre llevaba consigo para estos fines.

Nos íbamos a embalsamarla.

Yo pasaba los útiles, el cuchillo, las estaquillas para extender la piel cuidadosamente despegada del cuerpo, de manera que conservase intactas todas sus plumas, la aguja almarada para coser la panza llena de aserrín, los alambres que harían el armazón y la tablita que serviría de pedestal. Ya entregado el ejemplar al museo, el Querido Hermanito, después de escrupulosa consulta al tratado de zoología, se encargaba de pegarle un papelito en la base, con el nombre de la sachapava en latín.

Segundo era feliz. Tenía, en función de soledad o de alegría, la misión de matar. Era curioso que ningún placer pudiera compararse, para él, con el sangriento placer. Su padre estaba contento, pues en ello veía la señal de que su hijo sería “todo un hombre”. Porque parece ser que, para tener derecho a que los demás lo encuentren a uno “todo un hombre”, es necesario saber, no solamente herir -que eso lo sabemos todos-, sino también matar. Segundo cumplía su cometido con una especie de fe jubilosa y decía:

- Ya le llegué!

Y lo que en realidad le llegaba al pequeño animal tembloroso era una muerte quemante y angustiada, lenta y desangrarse continuo, mientras el muchacho reía con su alegría triunfadora y gozaba con la sangre caliente que en sus manos caía.

Poco a poco, su fiebre de cazador le dominó por completo. Iba a la escuela cada vez con menos puntualidad y su sueño crecía en pos de mayores hazañas. Quería matar grandes venados, correrlos con jaurías de feroces mastines, como lo habíamos leído en una novela de Salgari, donde los Tigres de la Malasia destrozaban a los venados ágiles y a los leopardos traidores en las montañas de Bengala, cerca del bungalow, mientras esperaban el ataque de los ingleses y la llegada de los refuerzos que Tremal -Naik y Kammamura iban a traer, a bordo del “Terror de los Mares”, desde las lejanas islas de Borneo, de color de aceituna. El quería ser así, luchador de montaña contra el hombre y la fiera y le era fácil soñarse en plenitud de ambicionada aventura, cazando los venados huidizos, de espeso bosque sobre la frente fina, mientras sus oídos esperaban la llegada del rugido

profundo del tigre y la emoción era un nudo de fuego en la garganta al disparar el arma infalible cuando la garra de la fierra casi rozaba el pecho poderoso. Nada sería comparable al placer de mirarlo morir, botando, saltador, como una pelota de caucho.

Nacido bajo el signo de la caza, comprendió, a mi ver, desde muy niño, que hay dos clases de muerte. Una, pálida, agotadora, que se anuncia con grandes dolores y postra al ser viviente mucho antes de apagarle para siempre el respiro. Otra, gozosa, tenaz, que no enferma, que huye al enfermo, que acorrala al ser en plenitud, que corretea, vuela, salta, sorprende y corta, vívida y quemante: la muerte que llega en medio de la lucha, de la fuga o del grito: La muerte de la guerra, del asesinato o de la caza: la muerte heroica: la muerte de la cual él era agente: la muerte que él amaba.

Había nacido para traer esa muerte a la tierra. Para sembrarla, pródigo, tras los árboles, sobre los trigales, tupidos, cuando mejor ardía el sol, cuando estaba clara y tibia el agua del río. Además de su muerte, su propia muerte intransferible, esa que todos portamos en las venas, que nace en nosotros cuando nosotros nacemos y que crece en nosotros a medida que nosotros crecemos, levaba allí, en el recóndito sitio de la materia donde el alma reside, como el cruel rector de su destino, la muerte de los otros, de la cual era dócil instrumento. El era “el cazador”. El hombre al que la muerte da alegría.

CAPITULO II

Donde el cazador gana un premio, tiene un mal pensamiento, descubre la ternura y, en consecuencia, siente vacilar su fe.

- Nuestro museo está muy adelantado - nos dijo aquel día el Querido Hermanito- Desgraciadamente no todos los niños son capaces de trabajar con decisión para que nuestra escuela, como las de otras partes, tengan un buen museo, con el mérito, más grande todavía, de ser formado por los mismos alumnos. Solamente el niño Rivera ha sido un entusiasta del museo. Por ello, tengo mucho gusto en darle la medalla al mérito y cien notas.

Segundo se adelantó tembloroso. El era un mal alumno y lo sabía. Jamás una medalla, mucho menos cien notas, le rozaron las manos. Le ardía el rubor en la cara gozosa cuando el Querido Hermanito le prendió la cinta tricolor en el pecho. La medalla tomó un movimiento de péndulo y comenzó a chocar suavemente con los botones del saco cruzado. Sus manos, ahuecadas en barquillo, se llenaron con los rosados cartoncitos de las notas, en los que iba impreso un consejo de San Juan Bautista de la Salle a los niños.

Alegre y orgulloso, ya de vuelta a su sitio de clase, Segundo se perdió en pensamientos felices. Sí, era verdad, nunca daría las lecciones que daba el Turco Maguá, ni haría mapas con los del Tocho Peñarreta, ni podría escribir una plana de caligrafía como Julio

Palacios. Pero en la medida de su capacidad de cazador -y, en eso, quién iba a ganarle?- había contribuido como nadie a la fundación del museo, se podía decir que el museo era su obra y, por ello, sin haberlo esperado, lucía en su pecho la efímera medalla de cobre, el mayor triunfo que podía lograrse en la escuela. Poco a poco, el curso de sus pensamientos lo fue llevando lejos de la clase, de esa su realidad transitoria, a su verdadera, su única realidad: la caza. Se veía en su cuarto, vistiendo su traje de campo, tomando la reluciente carabina, que reposaba apoyada en el costado del viejo Pleyel negro, donde su madre ejecutaba dulces cancioncillas vulgares para los amigos de su marido. Los sábados y los domingos eran sus días de felicidad. Madrugaba mucho, y cuando salía del dormitorio ya tenía cruzado al pecho el morral de kaki en el que traería los cobros de su jornada. Duro trabajo le costaba a su madre el hacerle tomar el desayuno. Salía de casa a pasos precipitados, calzando sus hermosas botas rodilleras de cuero rojo, con la carabina al brazo, y se encaminaba a la Colina del Calvario, cruzando el Zamora por un puente hecho de un solo y ancho tronco de eucalipto. Al cruzarlo, miraba atentamente a las lavanderas, abatidas sobre las blancas telas, en la húmeda arena de la orilla. Acariciaba pensativo su carabina.

- Qué buen blanco son!, pensaba. Y se arrepentía del ligero, malvado pensamiento. Porque era, en verdad, malvado, muy grave pecado el pensar aquello. Un ser humano no era un blanco, solamente los pequeños animales podían serlo. Pero, la verdad, esa lavandera, allí, tan cerca, tan voluminosa, tan descuidada, tan lejana de todo peligro, sí, no sería posible errar un tiro, ni aún estando vendado. Y caería sobre el agua, manchando la blanca tela que lavaba. La sangre se iría extendiendo por la corriente en largos y perezosos hilillos. Gritaría, ahogándose, porque desde aquí la bala le agujerearía la garganta. Asustadas hasta la palidez más blanca, se arremolinarían en su torno las demás lavanderas...

Avergonzándose del mal pensamiento, seguía el camino hacia la Colina del Calvario, su pequeño paraíso de cazador. Se avergonzaba de haber estado cerca de un minuto detenido en el puente, con su mal pensamiento. Sacudía la morena cabeza de pelo ensortijado. Sí, ese pensamiento era criminal, en verdad. El era un cazador, no un asesino. Pero... y aquí surgía ese oscuro impulso permanente: acaso ante la muerte no eran iguales todos los seres vivientes? Acaso esa lavandera no saltaría al recibir la bala, lo mismo que una sachapava o un conejillo tímido? Acaso no se desataría en temblores, acaso no se irían tornando turbias sus pupilas dilatadas de horror, acaso un frío eterno no la iría envolviendo, tornándola rígida, en el mortal calambre perpetuo? Sí, todo eso era cierto, pero no había permiso para matar. El tigre tiene permiso para matar al tigre, el hombre no tiene permiso para matar el hombre. El era solamente un cazador. El no era un soldado. Porque sí hay hombres que tienen permiso para matar a otros hombres, sin que ello sea criminal: esos hombres son los soldados y pueden hacer su oficio en los tiempos de guerra. Después, aquellos que más hombres mataron son los héroes y sus hazañas, a lo largo de los siglos, se enseñan como glorias de la patria a los niños en todas las escuelas.

Fue un viejo poeta agricultor el que hace años plantó los miles de eucaliptos que hoy cubren la loma del calvario con su fuerza desafiadora de los años. La loma está frente a

la del Pedestal, es un poco más alta y desde allí se domina la ciudad, columbrándose, al fondo, tras las últimas casas del lado occidental, la línea blanca de la columna enyesada de la Virgen de Bronce. Cuando los eucaliptos crecieron sobre lo que había sido pelada colina, poblada apenas de raquílicas chamanas, multitud de pequeños animales fueron a refugiarse en ella. Añangos de preciosas pieles blanquinegras y nauseabundo olor; sachamizhis amarillos y romanos, salteadores de gallineros; tumulles acorazados en su escamosa armadura reluciente; chucurillos ágiles, de ojillos vivaces y encendidos; tímidos conejillos; ayamalas de enormes hocicos y gruesa pelambre; pesadas y succulentas sachapavas; alegres bichauches y picotudos lapos amarillos: la colina se convirtió en el paraíso de los cazadores urbanos. Como nadie se cuidó de mantenerla desmontada, los espacios entre cada árbol se llenaron de grandes matorrales espesos, cuajados de nidos de torcaces y codornices, y, bajo ellos, una tupida yerbecilla daba el diario sustento a los conejos, los tumulles y las ayamalas. Alguien decía que ya habían vendados en la colina. Muchos cazadores habían ido a buscarlos por aquellos días, sin éxito. Segundo, ansioso de ser el primero en encontrarlos, iba allá casi todos los días, cauteloso, como tigre en acecho -el buen cazador tiene que tener siempre presente en su ser el modelo del tigre, rey de los cazadores-. Nada igualaría a su orgullo si lograba cazar aún cuando fuera un triste venadillo recién nacido.

Aquel fue un día inolvidable y extraño, en el que la suerte se puso de su lado y el corazón le jugó la primera mala partida. Se había tendido bajo un seto de moras, en el más recóndito rincón del bosque, frente a un claro pequeño y apacible, en el que la yerba era más fresca y la sombra más tenue. Su oído, fino y atento, conocedor de todos los ruidos, sabía distinguir los pequeños movimientos del viento entre la yerba, el sonido de las hojas crujiendo bajo las múltiples patas de los insectos y el lento despegarse de las zarzas que aprisionaron a un animal de fuga. Captaba toda la vida del bosque. Pronto se dio cuenta de que un ser avanzaba. Sí, algo cuyo paso él desconocía, algo nuevo en el bosque familiar, algo desconocido y rápido, que batía secamente la tierra, que destrozaba las ramas superiores del zarzal. Minutos después, en el claro que su ojo dominaba y su arma cubría, aparecieron dos venados. Estaban seguros de su soledad, en sus movimientos no había el más vago recelo. Segundo inmovilizó su cuerpo y apuntó la segura carabina contra el más grande. Sentía no poder matarlos a ambos y se resolvió a cobrar esa gran pieza, magnífica, como nadie hasta entonces había cazado en las inmediaciones de la ciudad. Era una hembra vieja, en plenitud de desarrollo, alta como un ternero, que movía los maxilares incansables con pausado ritmo. A su lado, maravilla de la más grácil línea, un venadillo gris, no mayor de tres semanas de vida, saltaba sin cesar. Mordisqueaba las tiernas yerbecillas, travieso, desbordando la feliz alegría de los niños que juegan. Era tan bello, tan puro, tan vital el espectáculo que el pequeño cazador, insensiblemente, se quedó contemplándolo. Nada hacía sospechar que los dos animales presintiesen la cercanía de la muerte. Estaban poseídos de la alegría elemental de vivir, gozaban de luz, su fresca sombra, sus yerbecillas suaves, el correr su sangre, sus músculos elásticos y fuertes. De vez en cuando el pequeño se acercaba a la madre y se restregaba suavemente contra los fuertes miembros delanteros. La madre, con cariñoso movimiento, le alisaba con su lengua la sedosa pelambre y le sobaba con su cuello el lomo fino y delicado. Había tanto y tan eterno amor en la caricia de los dos animales, que los dedos implacables del pequeño cazador se quedaron inmóviles: no

acertaron a oprimir el gatillo que soltaba la cadena a la muerte. Una desconocida humedad le visitó los ojos, y con un ritmo más ligero en el duro corazón enternecido, hizo, voluntariamente, un movimiento torpe. Se movieron las ramas de la zarza y los hermosos animales desaparecieron en veloz carrera.

El pequeño cazador retornó a casa con las manos vacías.

CAPITULO III

En el que verá cómo la muerte amanece algunos días más activa

Segundo despertó muy por la mañana, lleno de una gran alegría. Un sol desnudo y poderoso, sol de verano, seco y varonil, brillaba sobre los rojos tejados de mi pequeña ciudad. Saltaba el umbral de la ventanita, jugaba, perezoso, sobre su cama, cubierta con la colcha inmaculada que su madre tejió con hilo de escocia y grandes agujones de carey de color de manzana. En la mesilla de noche, un ramillete de rojos claveles deslumbraba. Y, junto a la cabecera, fiel amigo guardián, recibiendo el más alegre rayo de sol, estaba la carabina, brillante, infatigable, invitándolo al esfuerzo y al acecho. Era domingo. Las campanas de una iglesia cercana llamaba a misa con singular alegría. Tan pronto como abrió los ojos, la voz de su madre, llena de juventud robusta, lo llamó al desayuno. Media hora después, arrodillado entre nosotros, bajo las frescas naves de la iglesita de la escuela, esquivando las sombrías miradas severas de los Hermanos Cristianos, contaba los minutos que lo separaban de su carabina, de su sol, de su perro de fino olfato rastreador y silencioso paso, de su día libre, en el que iría a buscar a esos bellos venados que, tan inexplicablemente, había dejado escapar la tarde anterior.

Lentamente fue declinando la solemne voz del capellán y la señal de la cruz pobló las frentes de los muchachos. En “rango” de dos filas nos encaminamos, bulliciosamente, a nuestras casas. El sol brillaba sobre las piedras de la calle, sobre los vidrios sembrados en la vía con el maligno objeto de reventar la llantas del único automóvil que por entonces -1921- había en la ciudad.

Segundo, como de costumbre, nos dejó. Había pasado ya el tiempo en que su pequeña vanidad de muchacho nos permitía, en ocasiones, presenciar sus hazañas. El cazador es el hombre que anda siempre solo. Su única compañía, además del arma en que duerme la muerte, es el perro, el animal que arrastra el cadáver, que acorrala a la víctima. El amigo inexperto espanta la pieza codiciada con sus movimientos torpes y, en cualquier momento, puede volverse blando y compasivo y arrebatarse al cazador la mejor alegría: la de mirar cómo la muerte torna en rígido frío la alegría cálida y elástica del animal sorprendido. El cazador solamente puede lograr en soledad la plenitud de su turbia alegría. Segundo fue a casa, se vistió de campo y se armó en menos de un minuto. Cantando una cancioncilla, que había oído a su madre, la carabina al brazo, el morral terciado, el perro tras sus huellas, tomó el camino del Zamora.

Con él iba la muerte, más no a su blanco acostumbrado. No a un venado raudo. No a un conejillo tímido. No. Ese día, la muerte encaminaba el silencioso paso hacia el blanco mejor, el blanco humano. La presa que iba a cobrar el pequeño cazador en esa cacería era la más preciada y él lo ignoraba. Su destino había madurado, su turbio conductor le presentaría una vez más la tentación terrible y contra ella ya no habría defensa. Ya no temblaría la emoción compasiva, como cuando perdonó a los hermosos venaditos del bosque. Cegado por una sombra roja, tendría firme el pulso, certera la mirada. Mataría. Dentro de él llevaba una turbia guiadora, y, desde allí, desde lo más profundo de su sangre, desde la misteriosa sangre sagrada que nutre el corazón, ella lo había dispuesto todo. Había retrasado el sábado el trabajo de una lavandera cansada, de frías manos y ojos soñolientos. Ese domingo, habíala hecho triunfar contra el escrúpulo de que lavar ropa en día santo era pecado. Para la llegada del pequeño cazador implacable, ya todo estaba listo. Bajo el puente, la mujercilla trabajaba afanosa, queriendo dar pronto fin a ese trabajo extraordinario. Junto a ella, un niño, su hijo pequeñito, recomenzaba la eterna ingeniería de los niños en las playas de arena. El río estaba desierto. Sobre sus piedras grandes, las que emergían en media corriente y las de la orilla no blanqueaban las ropas puestas a secar. El ruido de las aguas se oía limpio, sin el murmullo tupido de las voces de las lavanderas charlatanas. Confiados en la tranquilidad del río desierto, se acercaban a beber de sus aguas lentas vacas y asnos soñolientos. Pero ese domingo, además de la tranquila jubilosa luz, además de las piedras desnudas, de los pausados animales sedientos, el río tenía dos visitantes desusados: una mujercilla afanosa, que violaba el precepto divino trabajando en día santo y un moreno muchacho de altas botas rojas y carabina al brazo, en el fondo del cual, agazapada e implacable, moraba la muerte.

Reflejada en el estanque que construyó en la arena y llenó con sus manos, vio el niño la figura del pequeño cazador, arrodillado en el puente, con la carabina tendida, apoyada la culata en el pecho. Alzando los ojos, el niño vio billar una estrella, clara, de sin par alegría, en la boca del cañón que guaba a la muerte. Maquinalmente, sin entender lo que pasaba, sus ojos tan recientes siguieron el camino entre la estrellita brillante y la agobiada espalda de su madre. En ese momento, sintiendo acaso el frío aletazo de la muerte cercana, el niño lanzó un grito. Hubo un estampido seco y un ladrido. La lavandera se desplomó sobre la corriente y una rosa incesante le creció en la espalda y descendió en hilillos hasta el agua, tiñéndola de un suave color rojo.

CAPITULO IV

Donde el pequeño cazador se da a la fuga, hace el descubrimiento de sí mismo, llora y se libera

Perseguido por un loco terror, Segundo corrió al bosque de la Colina del Calvario. Tras él urgiéndole los pasos. Soprándole en la nuca su aliento helado, venía la muerte. Era de Ella que buscaba desesperado refugio en la paz de la sombra, entre los árboles. Allí, como para que Ella no pudiera encontrarlo, tendió su pobre cuerpecito extenuado, tras el seto más espeso, más oculto, más escondidamente crecido, en el más lejano límite del

bosque. Junto a él se tendieron el perro y la carabina. Allí, con la pálida cara apegada a la tierra, hundida en la yerba fija, se escondía, no de los hombres, no de Dios, acaso ni siquiera de sí mismo. Se escondía de Ella, que había estado dentro de él, que había sido la conductora diaria de sus pasos, hasta la espantosa cacería del domingo, sobre el puente, en medio de la tranquilidad jubilosa del riachuelo desierto. Poco a poco, como una suave marea, que va creciendo hasta tornarse arrolladora y llenarlo todo, le subió desde el pecho, desde el alma diría, un sollozo vital. Primero, era un sollozar bajito, suave, tímido, un llanto avergonzado, temeroso de ser escuchado por alguien, no importaba quién, aún cuando solamente fuesen los animalillos del bosque, que él tanto perseguía. Luego, era un quejido ronco, de herida profunda, irrellenable, herida llagadora para toda la vida, fincada en la más tierna entraña, en el cogollo doloroso del corazón, en el sagrado nido de los sueños, de la tierna alegría, del elemental goce de vivir.

Allí, en el centro mismo de su frente morena, donde recibía cada noche el beso alegre de su madre, donde el miércoles de ceniza el cura le colocaba el gris recuerdo de la muerte, de su muerte suya, la que llevaba dentro de sí y crecía con él, para él, y no para los otros: allí, quemante, como la señal del dedo de Dios en la frente del primer asesino, estaría la huella de su cacería terrible. Se le hundía hasta el alma. Se le alzaba en las lágrimas. Le corría, quemante, por las venas, le entraba al corazón, se alzaba en sus latidos, le entrecortaba la rítmica perennidad del respiro. Allí estaba la huella. Sí, era verdad, no estaba en el reino de la pesadilla, estaba despierto, en plena y jubilosa mañana de domingo. Su perro le lamía las manos. El lo sentía. El lo sabía. Pero eso no era todo, eso no era nada. Tenía que mirarse hacia adentro y llorar y era aún muy niño para ello y se arañaba y se hería y solamente ese sollozo que le crecía y se tornaba ronco y esas lágrimas con uñas que le destrozaban los ojos...

El no lo había hecho. Había sido su mano, pero no él. Había sido su cuerpo, pero no él. Habían sido sus ojos, pero no él. El estaba ausente. En ese instante, dentro de ese cuerpo suyo, sólo habitaba Ella, la terrible, intentó dominarlo, pero la venció, porque estuvo en sí mismo. El sabía que esa mujercilla no era un blanco y que él era un cazador y que gustaba de la muerte de los pequeños habitantes del bosque y que en ello nada de malo había. Sí, nada de malo había, pero era la semilla y allí fue que Ella entró en él y por caminos insensibles, haciéndolo rodar una jubilosa pendiente de sueño y de sangre, lo llevó ese domingo a realizar la muerte, la única muerte verdadera, la muerte grande: la muerte del hombre.

Pero aquello jamás lo olvidaría. Ese movimiento de la mujercilla herida encogiéndose, buscándose la brecha ardiente por donde se le iba la vida, queriendo tapparla con los dedos ansiosos, sin gritar, y ese su manso derrumbarse sobre la corriente, esa derrota resignada ante la muerte que llegó segura, rápida, certera como el rayo, no, no se le olvidaría. No se le olvidaría esa cabeza asombrada hundida en el agua clara, ni esos cabellos que la corriente extendía y encogía. No se le olvidaría el pequeño andrajoso, agarrado a la madre; ni esa mancha roja, de sangre, esa rosa incansable, que crecía, que llenaba la espalda abatida, que se desgajaba en hilillos, que se deshacía en el río, alegremente, mezclándose a sus ondas. Oh! En qué sueño suyo no estarían! Ya para siempre. Para el sueño del amor y para el de la pena, para el del cansancio y para el de la tristeza. Ya para

siempre. Su dedo índice ya nunca olvidaría la presión fatal que le arrancó esa mañana la cadena a la muerte. Ya para siempre. Su dedo índice ya nunca olvidaría la presión fatal que le arrancó esa mañana la cadena a la muerte. Ya para siempre le quedaría el dedo arqueado, hosco, vuelto leña, acusador incesante, habitando en su propia mano matadora.

Sí, era verdad, nadie lo creería, pero era verdad, no fue él, fue una fuerza oscura, ajena, que residía tiempo atrás dentro de su sangre, que se le había entrado a las venas, insensiblemente, sin que él lo notara hasta ese domingo terrible, Y, con una claridad borrosa, viendo ya, todavía imprecisa, la realidad verdadera, como se ven las cosas a través de los cristales bañados por la lluvia, con un terror que le penetraba los huesos, le paralizaba el corazón, le detenía -súbitamente helada- la sangre en las arterias, comprendió que la muerte andaba con él, dentro de él, asechando los pasos de los animales y de los hombres. El tan sólo había sido, tan sólo era, un pequeño instrumento de la muerte incesante. Un cazador... Un asesino... Y, al llegar a este extremo de descubrimiento terrible, sintió que ese sollozo agotador, que le atenazaba la garganta; esas lágrimas con uñas que le lastimaban las pupilas, cediendo en un llanto purificador, que era fe y era descanso y era sed saciada y conciencia de estar ya libre, de regreso a sí mismo. El oscuro inquilino por fin se había ausentado. Tenía esa conciencia, conciencia de que la muerte pro fin lo abandonaba, permitiéndole ser él mismo, Segundo Rivera, un moreno y alegre muchacho de ojos serenos y pelo ensortijado, nacido para la vida. Su perro, con mansedumbre tierna, le volvió a lamer las manos, y un sueño dulce, maternal, le cerró quedamente los párpados, haciéndole apoyar la cabeza en la tierra, mientras la noche, reina de mil ruidos, llegaba sobre su cuerpecito enfermo y sus nervios trizados.

Alta noche era ya cuando el frío hubo de despertarlo. Estaba ya tranquilo, fuerte, y pensó en volver a su casa. Cerca de él, el perro le saltaba a las manos, alborozado como si no lo hubiera visto largo tiempo. Y era verdad: acababa de volver de la más terrible de todas sus ausencias. El bosque estaba oscuro, la luna no lograba vencer el espeso follaje y solamente daba una tenue claridad indecisa. A pesar de los ruidos misteriosos e incesantes, estaba tranquilo, tenía el pecho libre de un peso antiguo y ominoso, los ojos muy frescos, como la madre tierra después de recibir el rocío, y en el alma y el aire entraba, claro y fluido, a sus pulmones de niño sano y fuerte. No tenía miedo. Qué miedo puede tener quien acaba de vencer a la muerte? Al ponerse de pie, la carabina, insensiblemente, se le resbaló de las manos y se quedó escondida, avergonzada, miserable, entre las espesas hierbas. Un orín implacable la iría consumiendo a través de los años y llegaría el día feliz en que por sobre ella saltarían, confiados, los conejillos tímidos que antes destrozaba. Ella ya no sería sino inmundada chatarra.

Al cruzar el puente de la muerte, tampoco tuvo miedo. El pálido fulgor de la luna bañada el río y ya habían retirado el cadáver. Horas antes lo habían descubierto y estaba ya en la tenducha pobre, tendido entre cuatro altos cirios, rodeado de los hijos y del hombre, mientras los vecinos hacían conjeturas sobre quién y por qué habríanla matado. Cuando Segundo llegó a su casa encontró a sus padres alarmados, sin explicarse la causa de tal retardo en volver, y de mirarlo, tan húmedo el cabello, tan enrojecidos los ojos, tan lleno de girones de vestido. Les dijo que, persiguiendo unos venados, se había extraviado en el bosque y que, ya de noche, se le cayó accidentalmente al carabina y le fue imposible

encontrarla. Sus explicaciones fueron fácilmente creídas y vuelto al lecho, durmió como un náufrago feliz, que al fin logró con vida retornar a su puerto.

No fue posible descubrir el asesino de la lavandera. La policía buscó el arma por todas partes y no pudo encontrarla. Se hicieron muchas conjeturas: celos, crimen sexual, algún demente, una bala perdida... Nadie sospechó del pequeño del señor rivera. Segundo no volvió a ir de cacería. Se tornó piadoso y dulce, gustaba de permanecer largas horas al lado de su madre, oyéndola tocar el piano y cantar sus tiernas cancioncillas vulgares. Sus ojos, de tan duro y acerado reflejo, se volvieron suaves y tristes. Poco a poco descubrió que tenía una voz firme y profunda, de extraña ternura. En la escuela se fue olvidando de rudo prestigio de cazador que lo aureolaba y, en torno de su voz, que nos hacía llorar llenándonos el alma de una tristeza honda y antigua, se fue haciendo un amable y cálido ambiente de simpatía.

Había desaparecido el pequeño instrumento de la muerte. Entre nosotros tan sólo había un muchacho moreno que cantaba.

Guayaquil, febrero de 1939

FIN